**Orígenes: TRATADO DE LA ORACIÓN**

**INTRODUCCIÓN**

**1. De lo imposible a lo real**

Hay cosas que por ser tan elevadas no están al alcance del hombre; nuestra naturaleza racional y perecedera no las puede comprender. Pero las conseguimos gracias a la infinita bondad de Dios que nos las prodiga por los méritos de Jesucristo y la cooperación del Espíritu. Realmente es imposible a la naturaleza humana poseer la sabiduría de aquel por quien todo fue hecho, como dice David: «Has hecho con sabiduría todas tus obras» (Sal. 104, 24). Lo imposible se hace posible por mediación de Jesucristo, nuestro Señor, «al cual hizo Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención» (1 Cor. 1, 30). «¿Qué hombre, en efecto, podrá conocer la voluntad de Dios? ¿Quién podrá hacerse idea de lo que el Señor quiere? Los pensamientos de los mortales son tímidos e inseguras las ideas que nos formamos, pues el cuerpo corruptible hace pesada el alma y esta tienda de tierra aprisiona al espíritu fecundo en pensamientos. Trabajosamente conjeturamos lo que hay sobre la tierra y con fatiga, hallamos lo que está a nuestro alcance. ¿Quién ha podido rastrear cuanto contienen los cielos?» (Sap. 9, 1316). ¿Quién negará que el hombre es incapaz de descubrir lo que hay en el cielo? Sin embargo, tal imposibilidad se hace posible por la “sobreabundante” gracia de Dios» (2 Cor. 9, 14). Probablemente aquel que fue arrebatado al tercer cielo observó lo que hay en los tres cielos, pues «oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar» (2 Cor. 12, 4).

¿Quién se atreverá a decir que el hombre conoce los designios del Señor? Pues aún

esto mismo Dios lo concede por medio de Cristo. El dice: «No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos porque todo lo que oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn. 15, 15). Les da a conocer cuando son siervos la voluntad de aquel que no actúa más como señor sino como amigo de los que antes era señor. «En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios» (1 Cor. 2, 11).

Si nadie más que el Espíritu de Dios conoce los pensamientos de Dios, es imposible que el hombre conozca los pensamientos de Dios. Pero mira cómo ahora viene a ser posible. «Nosotros, dice, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana sino del mismo Espíritu» (1 Cor. 2, 1213).

**2. Objeto y modo de la oración. Con la gracia de Dios**

1. Ahora, piadosísimo y muy trabajador Ambrosio, tú con la honradísima y varonil Taciana, liberada ya como Sara (Gen. 18, 11) de las femineidades, quizás os extrañéis de que cuando me propuse el tema de la oración comencé hablando de las cosas que son imposibles para el hombre pero que la gracia de Dios hace posibles. Efectivamente, convencido de mis limitaciones, una de esas cosas imposibles es presentar en forma precisa y digna un tratado sobre la oración: qué y cómo se ha de orar, qué decir a Dios en la oración, cuál sea el mejor tiempo para ella... Sabemos que Pablo hablaba con modestia de la grandeza de las revelaciones que él experimentó; temía, dice, que «alguien se forme de mi una idea superior a lo que en mí ve u oye de mí» (2 Cor. 12, 6). Confiesa que no sabe orar «como se debe». Dice: «Pues nosotros no sabemos orar como conviene» (Rom. 8, 26). Es preciso, pues, no sólo orar sino orar como es debido y pedir lo que conviene. Sería deficiente nuestro esfuerzo por entender lo que debemos o pedir si nuestra oración no se hace como es debido. Asimismo, ¿de qué nos sirve orar «como es debido» si no sabemos qué pedir?

2. Forma lo primero, es decir, el qué debemos pedir, el contenido de la oración; el cómo se refiere a la disposición del que ora. Las frases siguientes se refieren al contenido de la oración: «Pedid cosas grandes y las pequeñas se os darán por añadidura; pedid por los que os maltratan» (Lc. 6, 28). «Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su campo» (Mt. 9, 38; Lc. 10, 2).

«Orad para no caer en la tentación» (Lc. 22, 40; Mt. 26, 41; Mr. 14, 38). «Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en el día de sábado» (Mt. 24, 20; Mr. 13, 8). «Y al orar no charléis mucho, como los gentiles que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados» (Mt. 6, 7). Podrían aducirse más frases semejantes.

Lo siguiente se refiere al *cómo, o modo de orar*: «Quiero que los hombres oren en todo

lugar elevando hacia el cielo manos piadosas, sin ira ni discusiones. Lo mismo las mujeres: que vistan decorosamente, preparadas con pudor y maestría, no con trenzas ni con oro o perlas o vestidos costosos sino con buenas obras, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad» (1 Tim. 2, 810). El siguiente pasaje también nos enseña cómo orar: «Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano. Luego vuelves y presentas la ofrenda» (Mt. 5,

2324) ¿Podrá el hombre presentar a Dios una ofrenda mejor que la plegaria del suave olor, que brota de la conciencia, limpia ya del sucio olor de pecado? Otro ejemplo de cómo orar es éste: «No os neguéis el uno al otro sino de mutuo acuerdo por cierto tiempo, para daros a la oración; luego volved a estar juntos, para que Satanás no os tiente por vuestra incontinencia» (1 Cor. 7, 5). Esto significa que «como es debido» no se logra sino cuando el misterio matrimonial, que ha de ser considerado con todo respeto, se realiza santamente, con reflexión y temperancia. La armonía del texto evita las desavenencias pasionales, acaba con la incontinencia y priva a Satanás de gozarse en nuestro mal.

Como los anteriores pasajes, también el siguiente nos enseña el modo de orar:

«Cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno» (Mr. 11,

25). En Pablo hallamos: «Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta

afrenta a su cabeza, y todo mujer que ora profetiza con la cabeza descubierta afrenta a su cabeza (1 Cor. 11, 45). De este modo queda dicho «cómo orar».

3 Pablo conocía todos los dichos y muchos más de la ley y de los profetas, y de la plenitud del evangelio; podría explicarlos hábilmente entretejiendo su interpretación. Habla con estilo cuidadosamente elaborado y veraz, pues reconoce, a pesar de su buen entender, lo poco que sabe sobre el objeto de la oración y cómo se ha de orar. Añade:

«No sabemos qué pedir ni cómo hemos de orar», pero indica que esa ignorancia le será perfeccionada a la persona merecedora de tal complemento. Por eso dice: «El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escruta las razones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión en favor de los santos es según Dios» (Rom. 8, 2627). En el corazón, de los escogidos, el Espíritu clama: «Abba, Padre» (Gal. 4, 6). Conoce muy bien nuestros gemidos en la tienda del cuerpo, suspiros de abatimiento por haber caído en pecado. «Intercede ante Dios con gemidos inenarrables» pues, por el amor misericordioso que tiene a la humanidad, hace suyos nuestros gemidos. Con su sabiduría ve «nuestra alma hundida en el polvo» (Sal. 44, 26) y prisionera en este «miserable cuerpo» (Flp. 3, 21).

«Intercede de modo especial ante Dios» no con súplicas corrientes sino con «gemidos

inefables, que el hombre no puede pronunciar» (2 Cor. 12, 4). Y no se contenta el Espíritu con interceder ante Dios sino que intensifica su petición «con especial ahínco». Creo que esto lo hace por aquellos que superan con generosidad las dificultades, como dice san Pablo: «Pero en todo salimos vencedores gracias a aquel que nos amó» (Rom.

8, 37). También por los gloriosos vencedores, no sólo por los que a veces son vencidos.

4. «Oraré con el espíritu, pero oraré también con la mente; cantaré salmos con el espíritu pero también los cantaré con la mente» (1 Cor. 14, 15). Frase que va de par con ésta: «Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables» (Rom. 8, 26). Porque nuestra mente no sería capaz de orar si no fuese secundando al Espíritu ni podríamos cantar salmos al Padre en Cristo con perfecto ritmo, melodía, medida y armonía, si «el Espíritu que todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (1 Cor. 2, 10) no alabase antes y cantase a aquél cuyas profundidades el mismo Espíritu ha penetrado y entendido en cuanto es posible. Me parece que uno de los discípulos de Jesús era consciente de que la debilidad humana está lejos de conocer cómo se ha de orar. Cuando se dio cuenta de ello, oyendo las sabias y poderosas palabras con que el salvador se dirigía al Padre en la oración, concluida ésta, el discípulo se acercó al Señor y le dijo: «Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos». El contexto dice así: «Estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: «Maestro, enséñanos a orar como enseñó Juan a sus discípulos» (Lc. 11, 1).

Podemos concluir que un hombre educado en la ley, y que había oído las palabras de

los profetas asistiendo fielmente a la sinagoga no tenía idea de cómo orar hasta que vio al Señor «orando en cierto lugar». Tal afirmación sería necedad. El oraba según la costumbre de los judíos, pero vio que necesitaba saber mejor cómo orar. ¿Qué había

enseñado Juan a sus discípulos sobre la oración cuando acudían a él de Jerusalén, de Judea y de las regiones cercanas para ser bautizados (Mt. 3, 56)? Él, por ser más que un profeta (Mt. 2, 9) entendió mejor ciertos temas de oración. Parece ser que lo había enseñado a sus discípulos, aunque no a todos los que bautizaba sino a los que le seguían como discípulos.

5. Como esas oraciones eran verdaderamente espirituales, porque el Espíritu oraba en el corazón de los santos, fueron escritas llenas de secretas y maravillosas enseñanzas. Hallamos en el primer libro de Samuel parte de la oración de Ana, porque «cuando ella prolongaba su oración ante el Señor» hablaba «en su corazón» (1 Sam 1, 1113). No toda su oración fue puesta por escrito. El salmo 7 lleva por título «Oración de David» y el 90 «Oración de Moisés»; el 102 «Oración del afligido que en la angustia derrama su llanto ante el Señor». Estas oraciones por ser plegarias verdaderamente inspiradas y pronunciadas por el Espíritu están también impregnadas de enseñanzas de la sabiduría de Dios, de manera que podríamos decir de su contenido: «Comprenda estas cosas el sabio, el inteligente las entienda» (Os. 14, 10).

6. Hacer un tratado de oración es tarea tan noble que requiere luces del Padre, que nos lo enseñe su Hijo primogénito y que el Espíritu nos capacite para entender y hablar con rectitud sobre tema tan elevado. Por eso yo, mero hombre, que no me precio de particulares luces sobre la oración, pienso que es justo invocar al Espíritu antes de comenzar este tratado sobre la oración a fin de que me sea dado pleno entendimiento y comprenda con claridad las oraciones contenidas en los Evangelios. Así, pues, comencemos el tratado sobre la oración.

**PRIMERA PARTE**

LA ORACIÓN EN GENERAL

**3. Oración: voto y plegaria**

1. En cuanto he podido observar, se menciona por primera vez en la Biblia la palabra oración cuando Jacob, huyendo de la ira de su hermano Esaú, marchó a Mesopotamia conforme le habían dicho Isaac y Rebeca. Así leemos: «Jacob hizo un voto diciendo: si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que vestirme, y vuelvo sano y salvo a casa de mis padres, entonces el Señor será mi Dios y esta piedra que he erigido como estela será casa de Dios. De todo lo que me dieres te pagaré el diezmo» (Gen. 28, 2022).

2. Téngase en cuenta que en este pasaje la palabra oración se emplea con sentido de promesa que cumplirá lo mencionado en la plegaria si consigue lo que ha pedido a Dios. Esto indica que la palabra oración frecuentemente significa algo distinto del sentido ordinario de la misma palabra. No obstante, el término oración se emplea en

contextos conformes al uso corriente. Por ejemplo, en el Éxodo lo hallamos con sentido de plegaria después de la plaga de las ranas, segunda de las diez plagas. Entonces Faraón mandó a Moisés y a Aarón que rogasen por él al Señor para que se alejasen de él y de su pueblo las ranas que lo cubran todo. Literalmente dice así:

«Faraón llamó a Moisés y a Aarón y les dijo: Pedid al Señor que aparte las ranas de mí y de mi pueblo, y yo dejaré salir al pueblo para que ofrezca sacrificios al Señor» (Ex. 8, 4). Si a alguno le cuesta creer que, por haberlo dicho Faraón, la palabra oración se usa en sentido primero y corriente de plegaria, fíjese en el texto siguiente «Respondió Moisés a Faraón. Dígnate indicarme cuándo he de rogar por ti, por tus siervos y por tu pueblo para que se alejen las ranas de ti y de tus casas quedándose únicamente en el río» (Ex.

8, 5).

3 He notado que en la tercera plaga, la de los mosquitos, ni Faraón pide oraciones, ni Moisés ora. En la cuarta plaga la de las moscas, dice Faraón: «Ruega al Señor por mí» (Ex. 8, 24). Moisés respondió: «En cuanto salga rogaré al Señor y mañana los tábanos se alejarán de Faraón, de sus siervos y de su pueblo» (Ex. 8, 25). A continuación se lee:

«Salió Moisés de la presencia de Faraón y rogó al Señor» (Ex. 8, 26).

En la quinta y sexta plaga ni Faraón pidió oraciones ni oró Moisés, pero otra vez en la séptima plaga «Faraón hizo llamar a Moisés y a Aarón y les dijo: 'Ahora sí, confieso mi pecado. El Señor es justo y yo y mi pueblo somos los inicuos. Rogad al Señor que cesen ya los truenos y el granizo» (Ex. 9, 2728). Un poquito más adelante: «Salió Moisés de la ciudad, extendió sus manos hacia el Señor, cesaron los truenos» (Ex. 9, 33). Dejemos para otro lugar la explicación de por qué no se dice que Moisés «oró» sino que

«extendió sus manos hacia el Señor».

En la octava plaga dice Faraón: «Rogad al Señor vuestro Dios, que aparte de mí al menos esta mortandad. Salió Moisés de la presencia de Faraón y rogó al Señor» (Ex.

10, 1718).

4 Dijimos que el término oración se emplea con frecuencia en sentido distinto del uso corriente, como en el caso de Jacob. Con el mismo sentido se usa en el Levítico: «El Señor dijo a Moisés: ‘Habla a los hijos de Israel y diles: si alguien quiere cumplir ante el Señor un voto relativo al valor en que ha apreciado a una persona, si se trata de un varón de veinte a sesenta años, el valor se estimará en 50 ciclos de plata o ciclos de santuario’» (Lev 27, 13). Y en los Números: «El Señor dijo a Moisés: 'Diles esto a los hijos de Israel: si un hombre o mujer se decide a hacer voto de nazir se abstendrá de vino y de bebidas embriagantes'» (Núm. 6, 13). Siguen luego prescripciones referentes al nazireato y dice más adelante: «Aquel día consagrará su cabeza para los días de oración» (Núm. 6, 1112, versión LXX). Y a continuación: «Este es el rito del nazir para cuando se cumplan los días de su nazireato» (Núm. 6, 13). Unos versículos después:

«Este es el rito del nazir que ha prometido su ofrenda al Señor por razón de su naziareato» (Núm. 6, 21). Hacia el final de los Números encontramos: «Habló Moisés a los jefes de la tribu de los hijos de Israel y les dijo: 'Esto es lo que ha ordenado el Señor: si un hombre hace un voto al Señor o se compromete a algo conjuramento, no violará su palabra, cumplirá todo lo que haya salido de su boca'. Y si una mujer hace voto al

Señor o adquiere un compromiso en su juventud, cuando está en casa de su padre, si su padre se entera del voto o del compromiso que ha contraído y su padre no le dice nada, serán firmes todos sus votos, y todos los compromisos contraídos serán firmes’» (Núm. 30, 14). Siguen luego algunas leyes referentes a estas mujeres con votos.

Con el mismo significado está escrito en los Proverbios: «Tenía que ofrecer un sacrificio de comunión y hoy he cumplido mi voto» (Prov. 7, 14). Más adelante: «Lazo es para el hombre pronunciar un voto a la ligera y reflexionar después de haberlo hecho» (Prov. 20, 25). Y en el Eclesiastés (5, 4): «Es mejor no hacer votos que hacerlos y no cumplirlos». En Hechos (21, 23): «Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen un voto que cumplir».

**4. Terminología: conclusión**

1. Me parece razonable haberme entretenido al principio en distinguir los distintos sentidos de la palabra oraciónvoto en las Escrituras. Ocurre lo mismo con la palabra oraciónplegaria. término empleado con frecuencia en el sentido mas corriente de oración es también sinónimo de voto, como se aplica a Ana en el primer libro de Samuel; «El sacerdote Elí estaba sentado en su silla, contra la jamba de la puerta del santuario del Señor. Estaba Ana llena de amargura y oraba al Señor llorando sin censuelo. Hizo este voto: ¡Oh Señor, Sebaoth! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y darle un hijo varón, yo lo entregaré al Señor por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza» (I Sam 1, 911).

2 Comparando «oró al Señor» con «hizo un voto», puede decirse que Ana hizo dos cosas: orar al Señor y ofrecer un voto. Lo primero (orar) equivaldría a plegaria mientras que lo segundo (ofrecer un voto) tiene el mismo sentido de los textos ya citados del Levítico y Números. La frase «le entregaré al Señor por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza» no es propiamente hablando una plegaria; es una especie de oración como el siguiente voto de Jefté: «Y Jefté hizo un voto al Señor: si entregas en mis manos a los amonitas, el primero que salga de las puertas de mi casa a mi encuentro cuando vuelva victorioso de los amonitas será para el Señor y lo ofreceré en holocausto» (Jue. 11, 3031).

**5. Objeciones contra la oración**

1 Si además de lo dicho, he de continuar, como tú deseas, para examinar las razones de quienes sostienen que nada se consigue en la oración, y, por tanto, que orar es superfluo. no vacilaré en hacerlo en cuanto mis fuerzas lo permitan, sirviéndome en adelante del término más sencillo y común de oración. Hay quien ni siquiera en este sentido admiten la oración, se ríen con desprecio de los que oran, sea como sea la oración, y quieren acabar de una vez con la palabra sea cual sea su sentido.

Eso es una opinión muy desacreditada y no hay persona distinguida que la defienda. Apenas se hallará alguno que admitien do la providencia de Dios sobre el universo no acepte la idea de oración. Lo niegan los que son totalmente ateos y, por tanto, niegan la existencia de Dios, o quienes admiten la idea de Dios pero niegan su providencia. Sin embargo, el poder adverso (2 Tes. 2, 4.9), que quiere atribuir las doctrinas más impías al nombre de Cristo y a las enseñanzas del Hijo de Dios, ha logrado convencer a algunos de que no se debe orar. Son de tal parecer los que niegan rotundamente el mundo sensible y la práctica de los sacramentos, bautismo y eucaristía. Emplean tales sofismas que dan sentido diverso del que tienen a las verdades que se hallan en las Escrituras sobre la oración.

2. Estas son las razones que aducen para negar la oración los que admiten que Dios gobierna el mundo y que hay providencia. No intento ahora examinar lo que dicen quienes rechazan por completo a Dios y la providencia.

Dios conoce todas las cosas antes que existan. Nada de cuanto existe le es conocido en

el momento de venir a la existencia, pues antes de eso ya le era conocido. Por tanto,

¿qué necesidad hay de dirigir una oración a aquel que sabe lo que necesitamos antes de pedírselo? El Padre celestial sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos (Mt. 6, 8). Lógicamente el Padre, por ser creador de todas las cosas, «ama todos los seres y nada de lo que hizo aborrece» (Sab. 11, 24). Debe, pues, gobernar cada cosa sin que haya necesidad de orar. Lo hace como un padre que protege a sus hijos sin esperar a que ellos se lo pidan, porque son incapaces de pedírselo o porque, debido a su ignorancia, frecuentemente desean recibir cosas inútiles o perjudiciales. Pues lo que sucede entre padres e hijos sucede con mayor proporción entre Dios y nosotros.

3. Lo más probable es que Dios no solamente conozca de antemano lo que va a suceder sino también que lo tenga ya ordenado de manera que nada pueda acaecer contra lo dispuesto por él. Así, por ejemplo, sería tenido por tonto uno que rezase para que salga el sol y atribuya a su oración lo que nada tiene que ver con ella. De igual modo ha de tenerse por tonto a quien piense que las cosas suceden o no según que ore o deje de orar. Otro eiemplo: supongamos una persona que bajo los rigores del sol en verano sufre quemaduras y se imagina que orando va a cambiar la temperatura del sol como si estuviese en primavera. Tal persona rayaría en la locura. De igual modo estaría loco el que pensara que las circunstancias necesariamente impuestas al ser humano iban a cambiar por influjo de su oración.

4. «Torcidos están desde el seno los impíos» (Sal. 58, 4), y el justo «escogido desde el seno de su madre» (Gal. 1, 15). Está dicho: «El mayor servirá al menor aun antes de haber nacido, cuando no habían hecho ni bien ni mal, para que se mantuviese la libertad de la elección divina, que depende no de las obras sino del que llama» (Rom.

9, 1112; Gen. 25, 23). De aquí se deduce que es inútil pedir perdón por los pecados o

que venga el espíritu de fortaleza para afirmarnos en Cristo todo lo que podamos (Flp.

4, 13).

Si somos pecadores, hemos sido ya desviados desde el seno materno. Pero si hemos sido elegidos ya en el seno materno nos sucederán las mejores cosas aunque no oremos. ¿Qué había rezado Jacob antes de nacer para que fuese profetizado su dominio sobre Esaú y que éste le sirviese? ¿qué impiedad cometió Esaú antes de nacer para que le odiasen? ¿para qué reza Moisés, como se dice en el Salmo 90, si Dios es su

«refugio antes que los montes fuesen engendrados, antes que naciese tierra y orbe»

(Sal. 90, 12)?

5 En la Carta a los efesios acerca de los que se salvan esta escrito que el Padre los

«eligió en él», en Cristo, «eligiéndonos de antemano, antes de la creación del mundo, para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, para ser santos e inmaculados en su presencia» (Ef. 1, 45). Así, pues, al que ha sido escogido «antes de la creación del mundo» le es imposible separarse de tal elección. Por consiguiente, no tiene necesidad de orar. Si, por el contrario, no ha sido escogido o predestinado, es inútil que ore. No será escuchado aunque rece mil veces. «Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a esos también los llamó; y a los que llamó, a esos también los justificó; a los que justificó a esos también los glorificó» (Rom. 8,

2930). ¿Para qué se esforzaba Josías, o para qué oraba y se angustiaba pensando si era

o no escuchado, si estaba profetizado expresamente muchos años antes y lo que iba a hacer estaba no sólo determinado sino también anunciado de antemano a las multitudes? (2 Re. 22; 1 Re. 13, 13). ¿Para qué reza Judas si su oración iba a «ser tenida por pecado» (Sal. 109, 7), pues había sido profetizado muchos años antes, desde los tiempos de David, que iba a perder su oficio y otro iba a ocupar su lugar»? (Hech. 1,

1620; Sal. 109, 7). Puesto que Dios no cambia y de antemano dispone todas las cosas,

no tiene razón de ser la plegaria, pues supone que le haría cambiar su plan como si él no hubiese fijado sus decretos de antemano. Como si estuviese esperando la oración de cada persona para ordenar las cosas conforme a la conveniencia de cada cual y sólo entonces lo reconoce como bueno, sin haberlo visto de antemano.

6. Traigamos aquí las razones aducidas en la precedente exposición con los términos de la carta que me has escrito: «Primero, si Dios conoce de antemano lo que va a suceder, y así va a ocurrir necesariamente, orar es inútil. Segundo, si todo sucede conforme a la voluntad de Dios y él lo ha determinado de manera que de lo establecido nada pueda cambiar orar es inútil». Creo será provechoso un previo razonamiento para resolver las dificultades puestas por gentes que no entienden de oración.

**6. El libre albedrío**

1. Algunas de las cosas que se mueven reciben de fuera su movimiento. Por ejemplo, las cosas inanimadas que forman un conjunto. También se mueven así algunos seres animados cuando no es el principio de vida lo que los mueve sino un agente que

impulsa el conjunto en que están integrados. Las piedras y leña cortada cuando han sido arrancadas de la cantera o han perdido la capacidad de crecer, integradas en un conjunto reciben el movimiento de fuera de sí mismas. Claro está que los cuerpos de seres vivos, como las plantas, cuando otro los mueve no son movidos por el propio principio vital sino como las piedras o los troncos de leña sin vida. Aún cuando se muevan, ya que todo cuerpo es inestable e incorruptible, tienen su movimiento como consecuencia de la propia corruptibilidad.

Una segunda clase de seres que se mueven son las cosas cuyo movimiento les viene de la propia naturaleza, principio constitutivo de sí mismas. Les viene el movimiento de sí mismas,

según dicen los que hablan con mayor precisión. En los seres vivos hay una tercera clase de movimiento que se dice por sí mismos. Creo que el movimiento de los seres racionales es por sí mismo, por propia iniciativa. Si no hay movimiento proveniente de sí mismo o por sí mismo no podrá decirse que se trata de un ser vivo; sería como una planta movida sólo por la naturaleza o como una piedra arrojada a impulsos de algo fuera de ella. Pero si algo sigue la moción de su propia iniciativa, que decimos «por sí mismo» mismo» ha de ser necesariamente racional.

2 Por eso, quienes se empeñan en decir que no somos libres han de admitir que dicen una locura. Primero negando que somos seres vivos y segundo, que somos racionales. Lógicamente, si no nos moviésemos por nosotros mismos sino por algo que nos mueve desde fuera concluiríamos que se debe a una causa externa lo que hacemos nosotros mismos.

Al contrario. Reflexione cada cual sobre la propia experiencia y verá si no hay que decir en plena sinceridad que él es el que quiere, el que come, el que anda, el que da y acepta ciertas opiniones o rechaza otras como falsas. Si se niega el hecho de nuestra libertad nadie puede admitir ciertas opiniones, aunque las presente con mil ingeniosas razones y persuasivos argumentos. De modo semejante nadie podría hacerse idea de la vida humana. ¿Quién está persuadido de que nada hay cierto? ¿Quién de manera que dude de todas las cosas? ¿Quién no corrige a su criado cuando advierte que ha hecho algo mal? ¿Quién no reprende al hijo que falta al respeto de sus padres? ¿Quién no vitupera a la adúltera por su acción deshonrosa? La verdad se impone por sí misma. Por miles de razones ingeniosas que se den en contra, nos obliga a actuar, elogiar o vituperar, sobre la base de que disfrutamos de libertad y que sus actos pueden ser dignos de alabanza o vituperio.

3. Si disfrutamos de libertad, por muchas que sean nuestras inclinaciones a la virtud o al vicio y a cuanto haya de acaecer o no con todas las cosas desde la creación del mundo (Rom. 1, 20), todo lo conoce Dios antes que exista sea como sea la libertad. Cuanto Dios ha dispuesto previamente teniendo en cuenta lo que ha visto de antemano en los actos de nuestra libertad lo dispuso conforme a los méritos y actuación de nuestra libertad, lo cual está de acuerdo con su providencia y la libertad de nuestras acciones futuras. Por eso, la presciencia de Dios no es la causa de todo cuanto haya de suceder ni de los actos de nuestra libertad que se ejercita por la propia

determinación. Aún en el supuesto de que Dios no conociese lo que va a suceder, no por eso perdemos la capacidad de obrar de diferentes maneras y de desear otras. Pero si en realidad Dios con su presencia dirige el universo, tanto más útil es nuestra libertad individual para su plan universal.

4. Por tanto, si Dios conoce previamente nuestra libertad individual es lógico que la divina providencia disponga conforme a lo que cada cual merece: oraciones ya previstas, disposiciones y deseos. Y como esto ha sido ya previsto de antemano todo queda enmarcado en el plan universal. Podría, pues, decir Dios: escucharé a este hombre que ora con rectitud y de verdad. En cambio, no escuchará al otro, porque ora con malas disposiciones o porque no le conviene lo que pide ni está conforme al plan de Dios. Y, por así decir, escuchará determinada oración de una persona pero no escuchará otra.

Alguno quizás se desconcierta pensando que como Dios conoce infaliblemente de antemano lo que va a suceder hace que las cosas de suyo indiferentes concurran por necesidad a lo previsto. Le respondo diciendo: Dios conoce definitivamente que tal persona no se inclina necesariamente por lo mejor ni tampoco deseará lo más vil de manera que se niegue rotundamente a seguir lo que sea provechoso. Dios podría decir: conceded a este hombre que ora las cosas que pide, pues es conforme a mis designios complacer a quien reza con buena disposición y perseverancia. Y pues lo pide con insistencia le daré más de lo que quiere y piensa (Ef. 3, 20). Es propio de mi naturaleza vencer en generosidad y proporcionar más de lo que se puede imaginar. A quien resulte de este modo le enviaré un ángel que le ayude, que comience a cooperar con él y le acompañe el tiempo que necesite. A esta persona, que resulta ser mejor que la anterior, le enviaré, por decir así, otro ángel de más categoría que el otro. En cambio, a este hombre que retrocede hacia las cosas terrenas le retiraré el ángel auxiliar. Y cuando el ángel se ausente otro poder en proporción a su conducta le será dado, pues el tal hombre le da ocasión de asaltarle por su negligencia. Le inducirá a pecar, porque se le da por compañero de pecado.

5. Aquel qué dispone de antemano todas las cosas dirá, por ejemplo: Amón engendrará a Josías, que no seguirá los pecados de su padre. Seguirá el camino que llevó a la virtud desde antiguo y con la ayuda de quienes le acompañen será bueno y honrado. Destruirá el altar que inicuamente levantó Jeroboán (2 Re. 2123). Sé que cuando mi hijo venga a vivir entre los hombres Judas será bueno y noble al principio, pero luego caerá en pecados contra la humanidad. Por lo cual, es justo que padezca tales cosas.

Presciencia probablemente sobre todas las cosas, pero ciertamente sobre Judas y otros misterios la tenía el Hijo de Dios, que, por su conocimiento de los acontecimientos futuros vio a Judas y los pecados que iba a cometer contra él. Por lo cual, antes de que naciese Judas dijo claramente por David: ¡«Oh Dios de mi alabanza, no te quedes callado!» (Sal. 109, 1). Pensamientos del salmo referidos a Judas.

Sé lo que va a pasar y cuánto se esfuerza Pablo por la verdadera fe. Por eso, por mi propia iniciativa antes de la creación, cuando se determine a la creación del mundo le

voy a escoger y desde su nacimiento le asistiré con potestades que cooperen a la salvación de los hombres. Le voy a elegir «desde el seno de su madre» (Gal. 1, 15). Le guiaré al principio con celo juvenil permitiéndole que, por ignorancia y motivado por su fervor, persiga a los que creen en mi Cristo y guarde la ropa de los que apedrean a mi siervo y mártir Esteban (Hech. 9, 5). Haré esto para que cuando supere la locura de su juventud emprenda un nuevo camino hacia lo mejor sin que pueda enorgullecerse en mi presencia (1 Cor. 1, 29), antes bien pueda decir: «Soy indigno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios» (1 Cor. 15, 9). Y cuando reconozca lo bueno que seré con él después de los errores cometidos en su juventud pensando servir a la fe, dirá: «Mas por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Cor. 15, 10). Va a mantenerse en su punto al ser consciente de lo que en su juventud hizo contra Cristo.

«Por eso no se engreirá con la sublimidad de revelaciones» (2 Cor. 12, 7) que

bondadosamente le manifieste.

**7. Libertad fijada a los astros**

Respecto a las dificultades para que salga el sol hay que decir lo siguiente. También el sol tiene cierta libertad porque juntamente con la luna alaba al Señor. Está escrito:

«Alabadle, sol y luna» (Sal. 148, 3). Lo mismo se puede decir de la luna y las estrellas. Continúa el texto: «Alabadle todas las estrellas de luz» (Sal. 148, 3). Dijimos que Dios se sirve de la libertad de cada uno de nosotros y la ordena al bien de los que están en la tierra. La misma conclusión se aplica a la libertad fija, segura, firme, del sol, la luna y las estrellas. Dios ha dispuesto el mundo celeste y el curso y movimiento de las estrellas en armonía con el universo. Si no es vana la plegaria con relación a los seres dotados de libertad con mucha más razón será útil cuando tiene por objeto una de las estrellas libres que se mueven por el cielo en prueba de la salvación del universo. Porque puede ir más lejos diciendo que hay cosas en la tierra a las que se añaden otras provenientes de ciertas circunstancias que provocan en nosotros inestabilidad o nos inclinan a una situación peor, de modo que hacemos o decimos cosas indebidas. Pero en el caso de realidades celestes ¿qué circunstancias les pueden sobrevenir que los desplace o cambie su curso tan útil al mundo? Cada uno de esos seres tienen un alma regulada por la razón e identificada con su propia causa. Se sirven de un cuerpo etéreo y purísimo.

**8. Condicionamientos de la oración**

1. Por lo demás, está puesto en razón que nos valgamos de ejemplos como el siguiente para exhortar a la gente a la oración y sacarla de su negligencia. Como no es posible tener hijos sin la cooperación de hombre y mujer así nadie podrá recibir lo que pide en la oración si no se cumplen determinadas disposiciones: creer como es debido, llevar vida ordenada antes de orar.

No han de repetirse palabras inútiles (Mt. 6, 7) ni cosas superfluas ni terrenas. No puede uno acudir a la oración con ira ni con ánimo alterado. No se comprende, efectivamente, cómo disponer tiempo para la oración sin estar previamente purificado. No es posible obtener por la oración el perdón de los pecados sin antes haber perdonado de corazón al que ha ofendido y juzga al hermano digno de recibir el perdón (Mt. 18, 35).

2. Creo que toda persona saca provecho de la oración cuando ora como es debido o pone empeño en ello. Ante todo es de gran provecho a toda persona el disponerse a la oración. Esto es presentarse ante Dios y hablarle personalmente como se habla a uno que se preocupe de nosotros y está presente. Surgen fantasías en nuestros recuerdos que manchan los pensamientos, pero creemos que son más útiles cuando es a Dios a quien recordamos. Así sucede porque hemos puesto nuestra confianza en Dios. El conoce las inclinaciones de lo más íntimo del alma cuando esta sintoniza con él para agradarle consciente de que está presente, percibe todos sus movimientos y escruta las entrañas (Sal. 7, 9; Jer. 11, 20; Rom. 8, 27; Ap. 2, 23). Aún suponiendo que no hubiese más ventajas que el hecho de disponer la mente para la oración, no sería poca ganancia el haberse pacificado a sí mismo y mostrarse reverente cuando ora.

Si esto ocurre con frecuencia, los que se entregan con fiel perseverancia a la oración

saben por experiencia que evitan muchos pecados y fomentan muchas virtudes. Pues si el recordar y considerar a un hombre de virtud ejemplar nos estimula a imitarle y a refrenar los impulsos de las pasiones, ¿con cuánta mayor razón el acordarse de Dios, Padre universal, a lo largo de la oración no será provechoso a quienes estén persuadidos de hallarse junto a él con quien hablan y que los escucha?

**9. Mansedumbre y perdón**

1. Se confirma lo dicho con los siguientes ejemplos de la sagrada Escritura. La persona que ora debe levantar «sus manos piadosas» plenamente desarraigada el alma de la pasión de la «ira», sin guardar enojo contra nadie antes bien perdonando todos los pecados con que le han ofendido (1 Tim. 2, 8; Mt. 6, 12. 14; Lc. 11, 4). Luego, para que la mente esté libre de pensamientos extraños, durante el tiempo de la oración ha de olvidarse de todo lo que no sea oración. Tal hombre no puede menos de ser altamente bendecido. Lo enseña Pablo en su primera Carta a Timoteo diciendo: «Quiero que los hombres oren en todo lugar elevando hacia el cielo sus manos piadosas, sin ira ni discusiones» (1 Tim. 2, 8). Además, en cuanto a la mujer, especialmente cuando ora, ha de tener compostura y modestia en alma y cuerpo, reverente ante Dios, desechando de su mente cuanto pueda turbarla. «Adórnese no con trenzados cabellos, oro, perlas o vestidos costosos» sino con lo que conviene a una mujer que hace profesión de piedad. No hay duda de que una mujer así, preparada para la oración, será dichosa. Lo enseña san Pablo en la misma carta cuando dice: «Lo mismo las mujeres, que vistan decorosamente, preparadas con pudor y modestia, no con trenzas

ni con oro o perlas o vestidos costosos sino con buenas obras, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad» (1 Tim. 2, 910).

2. También el profeta David dice que una persona piadosa cuando ora ha de tener otras muchas propiedades. No estaría fuera de lugar declararlas para que veamos lo que puede sernos de gran provecho, aun cuando sólo consideremos la actitud y preparación para la oración en una persona realmente entregada a Dios. Dice David:

«Hacia ti tengo los ojos levantados, tú que te sientas en los cielos» (Sal. 123, 1). «A ti, Señor, levanto mi alma, Dios mío» (Sal. 25, 1). Los ojos del alma están ya levantados de su preocupación por las cosas terrenas y han renunciado a las impresiones de éstas. Elevados están y penetran más allá del orden creado; llegan a una pura contemplación de Dios conversando con la reverencia que le es debida mientras que él los escucha.

¿Cómo estas cosas tan subidas no van a ser provechosísimas a «aquellos ojos que contemplan la gloria del Señor con rostro descubierto y que van siendo transformados en esa misma imagen cada vez más gloriosos» (2 Cor. 3, 18)? Entonces participan en cierto grado de la inteligencia divina que irradió en ellos como se dice en este versículo: «Alza sobre nosotros la luz de tu semblante» (Sal. 4, 7). El alma se eleva y siguiendo al espíritu se separa del cuerpo. Sigue al Espíritu y se transforma en el mismo. Así lo dice el versículo: «A ti levanto mi alma» (Sal. 25, 1), pues en la medida que se despoja de la naturaleza el alma se transforma en espíritu.

3. Renunciar a toda maldad es acto de la mayor virtud, pues como dice el profeta Jeremías en eso se resume toda la ley. Dice así: «Cuando yo saqué a vuestros padres del país de Egipto no les mandé nada tocante a holocausto y sacrificio» (Jer. 7, 22) sino

«amor y compasión practicado cada cual con su hermano..., no maquinéis mal uno

contra otro en vuestro corazón» (Zac. 7, 911). Cuando acudimos a la oración dejando olvidadas las injurias cumplimos el mandato del Señor: «Y cuando os ponéis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno» (Mr. 11, 25). Es evidente que cuando nos ponemos a orar de esta manera ya hemos conseguido lo mejor.

**10. Confianza y perseverancia**

1. Aun cuando no hubiésemos conseguido en nuestras oraciones otros resultados fuera de éstos, habríamos obtenido lo mejor, puesto que hemos logrado entender cómo se ha de orar. Claro que quien ora de este modo será escuchado mientras habla, pues está centrado en el poder de aquel que oye el «aquí estoy» (Is. 58, 9) y antes de orar ha depuesto cuanto se oponga al plan de la providencia. Esto se pone de manifiesto en el verso: «Si apartas de ti todo yugo, no apuntas con el dedo y no hablas maldad» (Is. 58, 9). Esto quiere decir que una persona conforme con lo que ocurre no está ligada a nada de lo que sucede ni se revela contra Dios, que todo lo dispone para nuestra edificación. No murmura en el secreto de su corazón, aunque no lo escucharen los hombres. Tal murmuración sería como la de los malos sirvientes que critican en oculto las órdenes de su señor. Los que no se atreven a murmurar abiertamente y con

toda su alma contra la providencia por cuanto les haya ocurrido, aun cuando quisieran hacerlo, por así decir, para que no se entere el Señor, Dios del universo. Así leemos en Job: «En todo esto no pecó Job, ni profirió la menor insensatez con sus labios» (Job. 1,

22; 2, 10). En el Deuteronomio se prohíbe la murmuración con estas palabras: «Cuida de no abrigar en tu corazón estos perversos pensamientos: 'ya pronto llega el año séptimo, el año de la remisión'» (Dt. 15,9).

2. Por tanto, el hombre que se ha beneficiado orando de este modo está mejor dispuesto para aclamar «al Espíritu del Señor que llena el mundo» (Sap. 1, 7). El que llena cielos y tierra dice por el profeta: «¿Los cielos y la tierra no los lleno yo? Oráculo del Señor» (Jer. 23, 24). Por la mencionada purificación y la oración participaré en el Verbo de Dios que está en medio incluso de los que no le conocen (Jn. 1, 26).

Él nunca está ausente de la oración y ora al Padre constantemente junto con la persona para quien es mediador. El Hijo de Dios es sumo Sacerdote que se ofrece por nosotros (Heb. 2, 17; 3, 1; 4, 14; 5, 10; 6, 20; 7, 26; 8, 1; 9, 11; 10, 10) y abogado ante el Padre (Jn. 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7; 1 Jn. 2, 1). Ora con los que oran y suplica con los que suplica. Pero no ruega por aquellos que no oran constantemente por su medio. No será abogado ante Dios por los suyos si éstos no siguen sus enseñanzas de que «se debe orar siempre, sin desfallecer». «Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. Había un juez en una ciudad, etc.» (Lc. 18, 12). Y en otro pasaje anterior: «Les dijo también: si uno de vosotros tiene un amigo y acudiendo a él a media noche le dice, amigo préstame tres panes porque ha llegado de viaje un amigo mío y no tengo qué ofrecerle» (Lc 11, 56). Y un poco más adelante: «Si no se levanta a dárselo por ser amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite» (Lc. 11, 8). El que cree en la palabra de Jesús, que no puede mentir, no dudará un instante en hacer oración, pues él dice: «Pedid y se os dará... porque todo el que pide recibe» (Lc. 11; 910; Mt. 7, 78). El Padre bueno, realmente a quien pedimos el pan vivo, da al mismo Jesús y no las piedras que su adversario quería darle a él y a sus discípulos—a los que han recibido del Padre el Espíritu de filiación (Rom. 8, 15). «El Padre del cielo da un buen presente, haciendo bajar del cielo al Espíritu para los que lo piden» (Lc. 11,13; Mt. 7, 11).

**11. Orar con Cristo, con los ángeles y con los santos**

1. El sumo Sacerdote ora con los que oran de corazón. Y también «los ángeles en el cielo se alegran por un pecador que se convierte más que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión» (Lc. 15, 7; Mt. 18, 13). Asimismo, las almas de los santos que ya descansaron. Esto se prueba con el pasaje de Rafael ofreciendo al Señor un sacrificio espiritual por Tobías y Sara. Después que ambos oraron, dice la Escritura: «Fue oída en aquel instante en la gloria de Dios la plegaria de ambos y fue enviado Rafael a curar a los dos» (Tob. 3, 1617). El mismo Rafael, al dar a conocer lo que había hecho por ellos como ángel a las órdenes de Dios dice: «Cuando tú y Sara hacíais oración, era yo el que presentaba y leía ante la gloria del Señor el memorial de

vuestras peticiones». Y un poco más adelante: «Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada en la gloria del Señor» (Tob. 12, 12. 15). Por tanto, conforme a las palabras de Rafael, «buena es la oración con ayuno, limosna y justicia» (Tob. 12, 8).

Piensa también en Jeremías, que aparece en segundo libro de los Macabeos, distinguido «por su edad y su dignidad, rodeado de admirable y majestuosa soberanía» (2 Mac. 15, 13). «Extendió su mano derecha y dio a Judas una espada de oro» (2 Mac.

15, 15). Otro santo, ya fallecido, dio testimonio diciendo: «Éste es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo y por la ciudad santa. Jeremías, el profeta de Dios» (2 Mac. 15, 14).

2. Si el conocimiento a que llegan los santos en esta vida es sólo mediante espejo y enigma y en la otra conocerán cara a cara (1 Cor. 13, 12), necia cosa sería no suponer que lo mismo sucederá con las demás virtudes. Adquiridas ya en esta vida, sólamente entonces lograrán su perfección. Como ha dicho el Señor, una de las más subidas virtudes será el amor del prójimo. Debemos suponer que los ya fallecidos con respecto a los que aún combaten esta vida, tienen esta virtud en mayor medida que cuando todavía revestidos de humana fragilidad se ejercitan en servicio de los demás. No solamente a los que están en el mundo se aplica el dicho: «Si sufre un miembro todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo» (1 Cor 12, 26). En realidad, el amor hace decir esto a los que ya no están en este mundo: «¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿quién sufre escándalo sin que yo me abrase?» (2 Cor. 11, 29). Cristo dice lo mismo cuando afirma que él está enfermo en cada uno de los santos enfermos y de modo semejante en el preso, desnudo, huésped, hambriento y sediento (Mt. 25 3540) ¿Quién que haya leído el evangelio ignora el hecho de que Cristo se atribuye a sí mismo lo que sucede a cuantos creen en él v cuenta como propios los sufrimientos de estos?

3 Si los ángeles de Dios se acercaron a Jesús y le sirvieron (Mt. 4, 11) no es justo suponer que los ángeles servían a Jesús solamente mientras estaba con los hombres, precisamente no para ser servido sino para servir (Lc. 22, 27). ¿Cuántos ángeles, pues, podremos pensar que sirven a Jesús agrupando a los hijos de Israel uno tras otro (Is.

27, 12), reuniendo a los dispersos (Jn. 7, 35; 10 16; 11, 52) y rescatando a los que temen y le invocan (Hech. 2, 21; Rom. 10, 1213)? Más que los apóstoles, los ángeles trabajan por el crecimiento y extensión de la Iglesia. Por lo cual, Juan en el Apocalipsis llama «ángeles» a algunos jefes de la Iglesia (Ap. 1, 20; 2, 1; 8, 12 y 18; y 3, 1, 7 y 14). No en vano, los ángeles de Dios, visibles a los ojos iluminados por la luz del conocimiento, suben y bajan sobre el Hijo del hombre (Jn. 1, 51).

4 Durante la oración, el que ora recuerda a los ángeles lo que necesita y ellos lo cumplen, si pueden, pues han recibido orden universal. Las siguientes comparaciones sirven a este propósito para aclarar lo que decimos. Imagínate que un medico deseoso de santidad se acerca a un enfermo que le haya llamado para que le cure. Suponte que el médico sabe cómo curar la enfermedad del paciente que lo desea. Es obvio que se

inclinará a curar al hombre que lo pide suponiendo, con razón, que Dios así lo quiere y que Él ha escuchado la oración del paciente pidiendo la curación de su enfermedad. O imagínate que un hombre que tiene más de lo necesario para vivir y es generoso oye la súplica de un pobre que implora la ayuda de Dios en su necesidad. Es claro que socorrerá las necesidades del que lo pide como instrumento de la voluntad del Padre. Porque Dios, en el tiempo de la oración lleva al que puede socorrer las necesidades y que por su generosidad no se niega a ello; le guía y pone en el mismo sitio donde se halla el que pide ayuda.

5. Debemos pensar que cuando suceden cosas como éstas no ocurren al azar. Aquel que tiene «contados los pelos de la cabeza» en los santos (Mt. 10, 30; Lc. 12, 7) hace coincidir en el tiempo de oración al que le va a servir de instrumento para atender la buena obra que el otro venía pidiendo confiadamente. Así podemos pensar que los ángeles encargados de velar por nosotros como ministros de Dios coinciden con el que ora uniéndose a su petición. El ángel de cada cual, incluso de los «más pequeños» en la Iglesia, «siempre contemplan el rostro del Padre que está en los cielos» (Mt. 18, 10) y ve la divinidad de aquel que nos creó. El ora con nosotros y hace todo lo que puede por cooperar con nosotros en lo que pedimos.

**12. La oración, arma poderosa**

1. Además, pienso que las palabras de las oraciones de los santos tienen gran poder porque oran con espíritu y mente (1 Cor. 14, 15). Mente es como una luz que surge del que ora (Sal. 96, 11; Is. 58, 10; Rom. 3, 13). Sale de la boca para debilitar con el poder de Dios el veneno espiritual proveniente de las potestades adversas. Estos poderes malignos influyen en la mente de quienes descuidan la oración y no tienen en cuenta el mandato de «orar siempre» (1 Tes. 5, 17) que da Pablo conforme a las exhortaciones de Jesús. Sale del alma del que ora como un dardo que arroja el santo con su ciencia, razón y fe. Dardo que hiere los espíritus enemigos de Dios. Los derrota y aniquila cuando ellos quieren enredarnos con lazos de pecado (Sal. 8, 3; Prov. 5, 22).

2. Ora «constantemente» (obras virtuosas y cumplimiento de los mandamientos son parte de la oración) el que une la oración al cumplimiento de los deberes y las obras buenas a la oración. La única manera de entender el mandato de «orar siempre» (1

Tes. 5, 17), teniendo en cuenta nuestras limitaciones, es considerar que la vida del santo en conjunto es una gran oración. Lo que acostumbramos llamar oración es, por consiguiente, parte de esta oración. Ateniéndonos a la noción común de oración hay que practicarla tres veces al día. Esto se ve claro en la historia de Daniel que oraba tres veces al día aun cuando por ello corriese gran peligro (Dan. 6, 13). San Pedro subió a la terraza para hacer oración hacia la hora de sexta cuando vio el «lienzo» que bajaba del cielo atado por las cuatro puntas. Practicaba el segundo de los tres tiempos de oración, como dice David: «Porque a ti te suplico Señor ya de mañana oyes mi voz; de mañana te presento mi súplica y me quedo a la espera» (Sal. 5, 3). El último tiempo de oración

queda indicado así: «El alzar de mis manos como oblación de la tarde» (Sal. 141, 2). A decir verdad, cumplimos debidamente con el tiempo de la noche sin esta oración de la que habla David cuando dice: «Me levanto a media noche a darte gracias por tus justos juicios» (Sal. 119, 62). Pablo, como se refiere en los Hechos de los Apóstoles, oraba hacia «media noche con Silas en Filipo y cantaban un himno a Dios de manera que los prisioneros pudieron oírles» (Hech. 16, 25).

**13. Cristo, la Escritura, la experiencia**

1 Si Jesús ora, y no sin razón, pues consigue en la oración lo que quizás no hubiera hecho sin ella, ¿quién de nosotros podrá mostrarse negligente para orar? Marcos dice que «de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, Jesús se levanto, salió y tue a un lugar solitario, donde se puso a orar» (Mr. 1, 35). Dice Lucas: «Estando él orando en un cierto lugar, cuando terminó, le habló uno de sus discípulos» (Lc. 11, 1). Y en otro lugar: «Se pasó la noche en oración a Dios» (Lc. 6, 12). Juan deja constancia de la oración de Jesús cuando dice: «Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo dijo: Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti» (Jn. 17, 1). El mismo evangelista escribe que el Señor dijo: «Yo sabía que tú siempre me escuchas» (Jn. 11, 42). Con esto nos muestra que quien ora «siempre» será escuchado

«siempre».

2. Y ¿para qué presentar una larga lista de los que alcanzaron de Dios los mayores favores orando de la manera que deben? Cada cual puede por sí mismo hacer una selección de ejemplos tomados de la Biblia.

Ana, cuando todos la creían estéril, oró al Señor (1 Sam. 1, 9) y por ello dio a luz a Samuel a quien se le compara con Moisés (Jr. 15, 1; Sal. 99, 6). Ezenuías todavía sin hijos cuando Isaías le anunció que iba a morir, oró y fue contado en la genealogía del salvador (Mt. 1,910; 2 Re. 20, 1; Is. 38, 1). Cuando el pueblo estaba a punto de perecer por decreto, debido a las intrigas de Aman, la oración de Mardoqueo y Ester con el ayuno fue escuchada y dio lugar a un nuevo día de fiesta, además de las solemnidades que había mandado Moisés (Est. 3, 6. 7; 4, 16. 17; 9, 2628). Judit, habiendo hecho oración, con la ayuda de Dios venció a Holofernes. Así una mujer hebrea humilló a la casa de Nabucodonosor (Jdt. 13, 49). Un viento fresco impidió que las llamas encendidas quemaran a Ananías, Azarías y Misael, porque fue escuchada su oración (Cántico de los tres jóvenes 27: Dan. 3, 50).

Por la oración de Daniel los leones de la cueva de Babilonia no abrieron la boca (Dan.

6, 22). Jonás no perdió la esperanza de ser escuchado cuando estaba en el vientre de la ballena que le había tragado. Salió luego y cumplió entre los ninivitas la misión que apenas había empezado (Jon. 2, 34).

3. ¡Cuántos beneficios tendríamos que contar cada uno de nosotros si quisiéramos recordarlos para glorificar a Dios! Almas que fueron estériles la mayor parte del tiempo en su vida, cuando cayeron en cuenta de que no habían producido nada y eran

espiritualmente estériles alcanzaron con la oración perseverante que el Espíritu Santo las hiciera concebir palabras de salvación llenas de conocimiento de la verdad, que salieron luego a luz.

¡Cuántos son los enemigos que marchan contra nosotros! Son muchas, efectivamente, las huestes de poderes adversos en lucha, deseando arrancar de nosotros la fe en Dios. Pero no tememos porque ellos confían en carros y caballos mientras que nosotros confiamos en el nombre del Señor (Sal. 20, 8). Vemos que «vana cosa es el caballo para la victoria; ni con todo su vigor puede salvar» (Sal. 33, 17). El que confía en alabar a Dios (el nombre Judit equivale a decir «alabanza») despedaza incluso al jefe de los ejércitos del enemigo que con su palabra falaz y engañosa acobarda a muchos incluso de los que ya se tienen por creyentes. ¿Qué decir de aquellos que, sometidos repetidas veces a la tentación, difícil de superar y más ardiente que la llama, nada sufrieron, pasando por las tentaciones totalmente ilesos? Ni les afectaron en lo más mínimo los daños corrientes de quemaduras y olor de hoguera (Cántico de los tres jóvenes 27).

¡Cuántas fieras, es decir, espíritus malignos y hombres perversos irritados contra

nosotros han fracasado y han cerrado la boca gracias a nuestras oraciones, sin poder ni siquiera golpear con sus dientes a los que entre nosotros habían venido a ser miembros de Cristo! (1 Cor. 6, 15; 12, 27). Con frecuencia el Señor favorece a los santos «rompiendo los dientes de los leones, quebrando sus muelas y diluyendo a los enemigos como aguas que pasan» (Sal. 58, 7). Sabemos que algunos, alejándose de los mandamientos de Dios han caído en las fauces de la muerte que los ha dominado, pero luego se han salvado arrepintiéndose de mal tan grande. Aunque estuvieron cautivos en el vientre de la muerte (Jon. 2, 12), se salvaron porque no perdieron la esperanza. La muerte los desgarró y se los tragó, pero «el Señor enjugó las lágrimas de todos los rostros» (Is 25, 8).

4. He creído necesario decir todo esto después de mencionar a los que se han beneficiado de la oración. Deseo que quienes anhelen vida espiritual en Cristo se dejen de pedir cosas terrenas y sin importancia. Y ojalá los que leen este tratado se adentren en los misterios de que es tipo lo antes dicho. Porque toda oración por los misterios espirituales que de antemano nos están reservados, está perfectamente hecha no por personas que militan «según la carne» (2 Cor. 10, 3) sino por quienes «con el espíritu hacen morir las obras del cuerpo» (Rom. 8, 13). Los que con cuidadoso examen buscan el sentido espiritual entienden los beneficios de la oración mejor que quienes sólo ejercitan su mente a base del sentido literal. Procuremos, pues, nosotros no quedarnos sin hijos o estériles como fue el pueblo de Dios oyendo la ley espiritual. Evitemos la esterilidad para que podamos ser escuchados como lo fueron Ana y Ezequías; liberados como Mardoqueo, Ester y Judit de los enemigos espirituales que el malo envía a conspirar contra nosotros. Egipto es un homo de hierro (Dt. 4, 20; Jer. 11, 4), símbolo del poder terreno. Quien huye del mal de la vida humana sin que su corazón esté inflamado como un horno por el pecado ha de dar gracias no menos que los que fueron probados con el fuego refrigerador (Cántico de los tres jóvenes 27). El que haya sido escuchado en su oración diciendo: «No entregues a la bestia el alma de tu tórtola» (el alma que ora a tí, conforme al texto de los LXX, Sal. 74, 19) el que no ha sufrido daños de basiliscos y serpientes, porque, gracias a Jesucristo «ha pisado y

hollado leones y dragones» (Sal. 91,13) valiéndose del noble poder que dio Jesús para

«pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre toda potencia enemiga» (Lc. 10, 19) sin que tales fuerzas le causen ningún daño. Una persona así debe dar más gracias que Daniel, pues se ha librado de fieras más terribles y peligrosas que aquellas. Además, quien haya comprendido que la ballena de la historia de Jonás es la figura a la cual se refiere Job diciendo «maldíganla los que maldicen el día, los dispuestos a despertar al Leviatán» (Job. 3, 8), que se arrepienta y ore y saldrá de ella, si por alguna desobediencia se hallare en el vientre de la ballena. Si se libra y persevera fielmente cumpliendo los mandamientos de Dios con ayuda del Espíritu será capaz de predicar a los ninivitas de hoy que están al borde de la perdición, siendo para ellos causa de salvación, pues ya tiene experiencia de la misericordia de Dios y busca que él no sea riguroso con los que se arrepienten.

5. Los grandes progidios que dice haber llevado a cabo Samuel por su oración es algo que puede realizar espiritualmente quien de verdad confíe en Dios ahora, por haber merecido que Dios le escuche. Porque está escrito: «Quedaos para ver este gran prodigio que el Señor realiza ante vuestros ojos. ¿No es ahora la cosecha del trigo? Invocaré al Señor para que haga tronar y llover». Y un poco más adelante añade:

«Invocó Samuel al Señor que hizo tronar y llover aquel mismo día» (1 Sam. 12,1618).

El Señor dice a todos los santos y a los verdaderos discípulos de Jesús: «Alzad vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega. Ya el segador siega y recoge frutos para la vida eterna» (Jn. 4, 3536). En este tiempo de siega el Señor hace prodigios a la vista de quienes escuchan a los profetas. Cuando uno enriquecido con el Espíritu Santo invoca al Señor, Dios envía del cielo truenos y lluvias que empapen el alma, para que quien antes estaba en pecado se halle ahora con gran reverencia delante del Señor y dispensador de gracias venerables y augustas en respuesta a la plegaria escuchada. Elías, que hizo cerrar los cielos durante tres años y medio a causa de los malvados, los abrió después (1 Re. 17, 18; Lc. 4, 25; Sant. 5, 1718). Esto mismo tiene lugar en quien por medio de la oración recibe lluvia del alma, pues antes los cielos se la habían negado a causa de sus pecados.

**14. Lo que debemos pedir**

1. Ya que hemos hablado de los beneficios que por la oración reciben los santos, pensemos en el dicho: «Buscad lo grande; las cosas pequeñas os vendrán por añadidura. Buscad las cosas del cielo, las de la tierra os vendrán por añadidura». Cualquier símbolo o tipo de comparación con relación a lo verdadero y espiritual es

«pequeño» y «terreno». El Verbo de Dios nos exhorta a que imitemos las oraciones de los santos y pidamos la verdad de lo que ellos conseguían en figura. Esto es: que pidamos las «celestiales» y «grandes» cosas indicadas por las terrenas y pequeñas. La frase quiere decir: «Vosotros, que deseáis ser espirituales, buscad por vuestras oraciones las cosas celestiales y grandes, para que obteniéndolas como celestiales heredéis el reino de los cielos y siendo grandes disfrutéis grandemente de las cosas

buenas. En cuanto a las cosas que necesita vuestra vida corporal el Padre os las concederá a medida que las necesitéis».

2 Ya que el apóstol en su primera Carta a Timoteo expresa con cuatro palabras las cuatro ideas directamente relacionadas con la oración, será provechoso proponer el tema y ver si debidamente comprendemos los cuatro términos en el sentido que el los entendió. El texto dice así: «Ante todo recomiendo que se hagan peticiones, adoraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres» (1 Tim. 2, 1). Entiendo por *peticiones* súplicas encaminadas a conseguir algo que nos hace falta. *Adoración* es algo más noble; es alabar a Dios por sus prodigios. *Súplica* consiste en dirigirse con cierta confianza o atrevimiento a Dios pidiéndole algo. *Acción de gracias* es reconocer orando los beneficios recibidos de Dios, sea por grandes y notorios favores o los que conoce sólamente quien los ha recibido.

3 Corresponden a la noción primera de la *oraciónpeticion* los siguientes ejemplos: la palabra de Gabriel a Zacarías, cuando éste pedía el nacimiento de Juan. Así dice el texto: «No temas, Zacanas, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan» (Lc. 1, 13) Otro, tomado del Éxodo, cuando hicieron el becerro de oro: «Moisés trató de aplacar al Señor, su Dios, diciendo: '¿Por qué, Señor, ha de encenderse tu ira contra tu pueblo, al que tu sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y mano fuerte?'» (Ex. 32, 11). En el Deuteronomio: «Luego me postré ante el Señor; como la otra vez, estuve cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber por el pecado que habíais cometido» (Dt. 9, 18). Del libro de Ester: «Mardoqueo oró al Señor haciendo memoria de todas sus obras y dijo: '¡Oh, Señor, Señor, rey que gobierna todo el universo'». Y luego Ester: «Oró al Señor, Dios de Israel, y dijo: ¡Oh, Señor, rey nuestro!'» (Biblia LXX, Est. 13, 89; 14, 3).

4 A la segunda clase, *oraciónadoración*, corresponden los siguientes ejemplos: En Daniel, «Azarías, de pie en medio del fuego tomó la palabra y oró así: 'Bendito seas, Señor'», etc. (Dan. 3, 24). En Tobías: «Anegada mi alma en tristeza, suspirando y llorando comencé a orar con gemidos: 'Tú eres justo, Señor, y justas son todas tus obras. Misericordia y verdad son tus caminos. Tú eres el juez del universo'» (Tob. 3,

12). Como los de la circunscisión han puesto un obelo sobre este pasaje de Daniel por no hallarse en el texto hebreo, y porque rechazan el libro de Tobías por no hallarse en el antiguo testamento, aduciré el pasaje sobre Ana en el primero de Samuel: «Estaba ella llena de amargura y oró al Señor llorando sin consuelo, e hizo este voto: '¡Oh Señor Sebaot! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí'», etc. (1 Sam. 1,

1011). Luego en Habacuc: «Señor, he oído tu fama, tu obra venero. Señor. En medio de los años hazla revivir, en medio de los años dala a conocer, aun en la ira acuérdate de tener compasión» (Hab. 3,2). Definir esta oración es más claro porque lleva unida la alabanza en aquel que ora. También en Jonás: «Jonás oró al Señor, su Dios, desde el vientre del pez diciendo: Desde mi angustia clamé al Señor y él me respondió; desde el seno del seol y grité y tú oíste mi voz. Me habías arrojado en lo más hondo, en el corazón del mar; una corriente me cercaba» (Jon. 2, 13).

5. Los siguientes son ejemplos de la tercera clase de oración llamada súplica. En los escritos del apóstol se atribuye con acierto la adoración y la oración de súplica al Espíritu Santo, porque es mejor y de mayor influencia ante aquel a quien él Espíritu suplica. «Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu y que su intercesión a favor de los santos es según Dios» (Rom. 8, 2627). Porque el Espíritu «intercede de modo especial» mientras oramos. Me parece que es una súplica de intercesión lo que Josué dice sobre el sol que se paró en Gabaón: «El día que el Señor entregó al amorreo en manos de los israelitas, Josué se dirigió al Señor diciendo: Detente, sol, en Gabaón y tú, luna, en el valle de Ayyalón» (Jos. 10, 12). Pienso que Sansón (Jue. 16, 30) hizo una oración de súplica cuando gritó: «¡Muera yo con los filisteos! Apretó con todas sus fuerzas y la casa se derrumbó sobre los tiranos y sobre toda la gente allí reunida». Aun cuando no esté escrito que Josué y Sansón intercedieron sino que «dijeron» sus palabras, son de intercesión, distinta de la adoración. Fijémonos en sus palabras.

Ejemplo de acción de gracias son las palabras del Señor cuando dice: «Yo te bendigo. Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños» (Mt. 11, 25; Lc. 10, 21). «Te bendigo», en este caso, es sinónimo de «te doy gracias».

6. No está fuera de razón dirigir peticiones, súplicas y acción de gracias a los santos. Súplicas y acción de gracias no sólo a los santos sino también a los hombres. Peticiones, sin embargo, únicamente a los santos, si se halla algún Pablo o Pedro que nos ayude a merecer los frutos del poder que ellos tienen para perdonar los pecados (Mt. 9, 6; Jn. 20, 23). Pero también, si injuriamos a alguno que no sea santo, al caer en cuenta de que le hemos ofendido, le pedimos perdón. Si se presentan estas súplicas al Señor, ¿con cuánta mayor razón podrán dirigirse a Cristo, quien, por voluntad del Padre, tantos beneficios nos concede? Hay que suplicarle como hizo Esteban diciendo:

«Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (Hech. 7, 59). A ejemplo del padre del lunático diremos: «Señor, ten piedad de mi hijo» (Mt. 17, 15; Lc. 9, 38).

**15. Al Padre por el Hijo**

1. Si entendemos la oración en el sentido más estricto, no deberíamos dirigirnos a ningún ser creado, ni siquiera a Cristohombre; únicamente a Dios, Padre universal a quien oraba nuestro salvador como queda dicho y él mismo nos enseñó a orar. Porque cuando oyó «enséñanos a orar» no nos enseñó a dirigirnos a él mismo sino al Padre, diciendo: «Padre nuestro que estás en el cielo, etc.» (Lc. 11, 1; Mt. 6, 5). Porque si, como queda razonado en otro lugar, el Hijo es persona distinta del Padre, se sigue que la oración ha de dirigirse o al Hijo y no al Padre, a los dos, o sólo al Padre. Todos están de acuerdo en que la primera posibilidad, orar al Hijo y no al Padre, es afirmación absurda, contra toda evidencia. Si tuviéramos que dirigirnos a los dos, está claro que

habríamos de hacerlo en plural diciendo en nuestra oración: «Ayudadnos, beneficiadnos, concedednos, guardadnos, etc.». La realidad es que las fórmulas de oración están en completo desacuerdo con esta idea. Nadie podría hallar en las Escrituras oraciones dirigidas con tal pluralismo. Por consiguiente, no queda más posibilidad que dirigir la oración únicamente a Dios Padre universal, aunque no sin el sumo Sacerdote constituido «con juramento» según el salmo: «Lo ha jurado el Señor y no ha de retractarse: tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec» (Sal. 110, 41).

2. Por eso, cuando los santos en sus oraciones dan gracias a Dios lo hacen por medio de Cristo Jesús. Si es cierto que para orar correctamente no hay que dirigirse a uno que es también orante, sino al Padre, a quien nuestro Señor Jesucristo nos enseñó a dirigirnos en la oración, es no menos cierto que no hay que dirigir la oración al Padre sin el Hijo. Él mismo lo dice claramente: «Yo os aseguro: lo que pidáis al Padre en mi nombre os los dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea colmado» (Jn. 16, 2324). No digo «pedidme» o simplemente

«pedid al Padre» sino «lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dará». Porque hasta que Jesús enseñó esto nadie había pedido al Padre en nombre del Hijo. Era verdad lo que dijo Jesús: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre». Verdad asimismo:

«Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea colmado».

3. Tal vez alguno piense que podemos dirigimos al mismo Jesucristo, porque en el Deuteronomio se dice de él que es adorado: «Cielos, exultad con él y adórenle los hijos de Dios» (Dt. 32, 43; Heb. 1, 6). Cabría decir que también la Iglesia, llamada Jerusalén por el profeta, es adorada por reyes y reinas, que son sus padres nutricios, como se dice en el siguiente pasaje: «He aquí que voy a alzar hacia las gentes mi mano y hacia los pueblos voy a levantar mi bandera; traerán a tus hijos en brazos y tus hijas serán llevadas a hombros. Reyes serán tus protectores y sus princesas nodrizas tuyas. Rostro en tierra se prosternarán ante ti, y el polvo de tus pies lamerán. Y sabrás que yo soy el Señor, y no se avergonzarán los que en mí esperan» (Is. 49, 2223).

4. Cristo dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios» (Mr. 10, 18; Lc. 18, 19; Mt. 19, 17). También diría: «¿Por qué os dirigís a mí en la oración? Habéis de orar sólamente al Padre, a quien yo mismo oro. Esto es lo que aprendéis de las sagradas Escrituras. Porque tú no has de dirigirte al sumo Sacerdote designado por el Padre en tu favor (Heb. 8, 3), ni al abogado a quien el Padre ha encargado que ore por ti (1 Jn. 2, 1). Tú debes orar por medio del sumo Sacerdote y abogado, capaz de compadecerse de tus debilidades por haber sido probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado (Heb , 12), porque el Padre así me lo regaló. Considerad, pues, cuan gran presente cuando recibisteis al Espíritu de filiación (Rom. 8, 15) al renacer en mí, de manera que os llaméis hijos de Dios y hermanos míos. Habéis leído lo que yo dije por boca de David al Padre: 'Anuncié yo tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré' (Sal. 22, 22; Heb. 2, 12). No es razonable que oren al hermano

aquellos que han sido juzgados dignos de ser hijos del mismo Padre. Debéis, pues, dirigiros conmigo y por mí solamente al Padre».

**16. Pidamos lo mejor**

1. Oyendo a Jesús decir esto, por su mediación reguemos a Dios todos nosotros diciendo lo mismo y no divididos en el modo de orar. ¿No estamos divididos cuando unos oramos al Padre y otros al Hijo? Los que dirigen su oración al Hijo con o sin el Padre pecan de ignorancia y gran simplicidad por carecer del conocimiento debido. Por tanto, oremos a Dios Padre. Supliquémosle por ser Señor, y le demos gracias por ser Dios, Padre y Señor, aunque no de esclavos. Con razón puede un padre ser considerado señor de su hijo. Es el Señor de los que por su medio han llegado a ser hijos. Como no es «Dios de muertos sino de vivos» (Mt. 22, 32; Mr. 12, 27; Lc. 20, 38) así no es el Señor de meros esclavos sino de quienes por su infancia vivían al principio en temor. Porque las marcas de los siervos de Dios y de sus hijos las ve sólamente aquel que escruta los corazones.

2. Por tanto, el que pide a Dios cosas terrenas y sin importancia no hace de lo que dice Dios, quien sin prometer cosas terrenas o sin importancia ordenó pedir cosas celestiales y grandes.

Alguno podría replicar que los santos recibieron cosas temporales y pequeñas como

respuesta a sus oraciones y que en el evangelio se dice que las «pequeñas cosas» nos serán dadas «por añadidura». Se le puede responder. Suponte que alguien nos regala un objeto cualquiera. No podemos decir que nos ha dado la sombra de tal objeto, porque no pensó en darnos las dos cosas, objeto y sombra. Su ofrecimiento se limitaba a una cosa sola. Pero recibimos la sombra juntamente con el objeto.

Del mismo modo, si lo pensamos con la atención puesta en Dios, los regalos que él nos

da son dones espirituales a los cuales van unidos otros terrenos, concedidos a los santos para bien común (1 Cor. 12, 7) o en proporción a su fe (Rom. 12, 6) o por liberalidad del donante (1 Cor. 12, 11). Dios lo dispone sobradamente, aun cuando nosotros no comprendamos en cada caso qué razones tiene para ello.

3. El alma de Ana, cuando fue transformada su esterilidad, recibió mayor beneficio que su cuerpo por haber concebido a Samuel (1 Sam. 1, 1920).

Engendró Ezequías hijos para Dios más con su mente que con su descendencia corporal. Ester, Mardoqueo y el pueblo fueron liberados más de asechanzas espirituales que de las conspiraciones de Aman y sus compañeros. Más que el poder de Holofernes Judit aniquiló la fuerza del príncipe que intentaba destruirle el alma.

¿Quién no reconocerá la bendición espiritual que protege a todos los santos y que describen Isaac y Jacob cuando dicen: «Que Dios te dé el rocío del cielo» (Gen. 27, 28)? Cayó sobre Ananías y sus compañeros más que el rocío material que superó el fuego de Nabucodonosor. El profeta Daniel cerró la boca de los leones invisibles más que la boca de leones visibles, incapaces de atacar su alma. Así lo entendemos al leer las

sagradas Escrituras. ¿No viene a ser como Jonás, santificado con la plenitud del Espíritu Santo, aquel que se libra del vientre de la ballena que se traga a todo el que aleje de Jesús nuestro salvador?

**17. Luces y sombras**

1. No debemos extrañarnos de que cuantos reciban objetos que, por así decirlo, van acompañados de sombra, a veces no se les dé ninguna. Así ocurre con los cuerpos físicos como observan los que estudian problemas científicos y en particular las sombras con respecto al objeto luminoso. Algunos cuerpos no proyectan sombras por cierto tiempo; otros, por así decirlo, dan una sombra reducida y algunos la hacen más larga. No debe, pues, sorprendernos grandemente que algunas veces no aparezca sombra alguna y otras sean más cortas o más largas en comparación con otras sombras. Sucede así por decisión de aquel que nos otorga las cosas principales: por razones ocultas y misteriosas en relación con el favorecido sucede que dan lo más importante sin que acompañe sombra alguna.

Haya o no haya sombras del cuerpo, ni agrada ni desagrada al que busca los rayos del sol, pues consigue lo más importante recibiendo su luz aunque no tenga sombra o ésta sea más corta o más larga.

Lo mismo sucede cuando recibimos los bienes espirituales y nos ilumina la luz de Dios con la posesión completa de los bienes verdaderos. No nos rompamos la cabeza por cosa tan insignificante como es la sombra. Porque todas las cosas materiales, sean las que fueren, se reducen a sombra pasajera y leve. De ningún modo se pueden comparar con los salvíficos y santos dones del Dios del universo. ¿Cómo se podrán comparar las riquezas : materiales con aquellas con que somos «enriquecidos en todo, en toda palabra y en todo conocimiento» (1 Cor. 1, 5)? Y ¿quién sería tan loco como para comparar la riqueza de carne y hueso con la de la mente, fortaleza del alma, y recta coordinación de los pensamientos? Todo esto, regulado por la palabra de Dios, hace que los padecimientos corporales sean como rasguños sin importancia y aún menos.

2. Quien entienda lo que es la hermosura que tiene la esposa amada por el «esposo», el Verbo de Dios —quiero decir la hermosura del alma que florece con hermosura que supera la del cielo y la del universo—, se avergonzará de dar el mismo nombre a la belleza corporal de una mujer, un muchacho, un hombre. La carne no puede ser hermosura verdadera, pues toda ella es torpeza. Porque «toda carne es heno» y toda su gloria, manifiesta en lo que llaman hermosura de mujeres y muchachos, se puede comparar a una flor como dice el profeta: «Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba en cuanto le da el viento del Señor. La hierba se seca, la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre» (Is. 40, 68). ¿Quién llamará nobleza a la que viene por nacimiento, según la gente, una vez conocida la nobleza de nacimiento de los hijos de Dios? Y ¿cómo no va a tener en nada todo reino terreno la mente que haya

contemplado el inconmovible reino de Cristo? (Heb. 12, 28). Quien haya contemplado con claridad, en cuanto es posible a la mente humana mientras depende del cuerpo, el ejército de ángeles y a los capitanes del Señor en medio de ellos —arcángeles, tronos, dominaciones, principados, potestades celestes—, y comprenda que el Padre honra a tal alma con honor semejante a ellos, ¿cómo, aunque sea más efímera que una sombra, no la va a tener por lo más pequeño y despreciable comparado con ella lo que admiran los necios? Aun cuando le ofrecieren todas las cosas, las despreciaría con tal de no perder los verdaderos principados y los poderes más divinos. Debemos, pues, pedir aquellas cosas que son principales, verdaderamente grandes y celestiales. Y dejemos a juicio de Dios lo concerniente a las sombras que acompañan a los grandes bienes. Él sabe lo que necesitamos para nuestro cuerpo mortal antes de que se lo pidamos (Mt. 6, 8).

**SEGUNDA PARTE**

CIRCUNSTANCIAS DE LA ORACIÓN

**31. Disposición y compostura previas**

1. Al concluir este tratado de oración, no me parece fuera de lugar hablar brevemente sobre la disposición y postura que uno debe guardar al hacer oración: lugar de oración, en que dirección situarse, tiempo apto y especial para la oración, y cosas por el estilo. La disposición se refiere al alma, la postura al cuerpo. Así Pablo, como queda dicho al principio del tratado, describe la disposición diciendo que debemos orar «sin ira ni querellas»; la postura queda expresada con estas palabras: «Elevando hacia el cielo las manos» (1 Tim. 2, 8). Me hace pensar que esto está tomado de los Salmos donde se habla de «el alzar de mis manos como oblación de la tarde» (Sal. 141, 2). Referente al lugar, dice Pablo: «Quiero que los hombres oren en todo lugar» (1 Tim. 2, 8). Con respecto a la dirección se dice en el libro de la Sabiduría: «Con ello les enseñabas que deban adelantarse al sol para darte gracias y recurrir a ti al rayar el día» (Sap. 16, 28).

2. Me parece que inmediatamente antes de la oración hay que prepararse recogiéndose un poquito con lo cual estará el alma más atenta y diligente durante todo ese tiempo. Debe desechar cualquier tentación y pensamientos que distraigan. Dense cuenta, en cuanto les sea posible, de la majestad a quien se acercan, pensando lo impío que es estar en su presencia sin reverencia, perezosamente y con menosprecio. En ese tiempo olvídese de todas las cosas. Ha de entrar en oración de esta manera: extienda el alma, si fuere posible, en vez de las manos; en vez de los ojos, fije en Dios la mente; en vez de estar de pie, levante del suelo la razón y así la mantenga delante del Señor. De quien parezca haberle injuriado aparte su indignación tan lejos como quiera que Dios retire su enojo contra él. Si ha hecho mal o pecado contra muchas personas o tiene idea de haber obrado contra la propia conciencia. Muchas y diferentes pueden ser las posturas del cuerpo, pero has de preferir entre todas la de brazos extendidos y mirada levantada, porque de esta manera el cuerpo

viene a ser imagen de las características que el alma ha de tener en la oración. Quiero decir que se prefiera esta posición cuando no haya alguna circunstancia que lo impida. En determinadas circunstancias se puede orar sentado, por ejemplo, si las piernas no aguantan, debido a alguna enfermedad de consideración. Se puede orar estando acostado cuando hay fiebre o alguna otra enfermedad. Depende de las circunstancias. Por ejemplo, si viajamos por mar, o si no podemos dejar el trabajo para acudir a la oración formal. Entonces podemos orar como si aparentemente no estuviésemos haciéndolo.

3. Uno debe ponerse de rodillas cuando va a hablar de sus pecados ante Dios, pues suplica le sean perdonados. Entendamos que, como dice san Pablo, esta postura es símbolo de la «actitud humilde ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef. 3, 1415). Se entiende esto como genuflexión espiritual porque todo lo que existe adora a Dios en el nombre de Jesús a quien están sometidas todas las cosas. Parece decirlo el apóstol en estos términos: «Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos» (Flp. 2, 10). No parece que los cuerpos celestes tengan rodillas, pues son de forma esférica según han demostrado los que investigan seriamente estos temas. Quién no admita esto, aceptará en cambio que cada miembro tiene su función propia, pues todo ha sido creado por alguna razón. Así, pues, se encontrará en este dilema: o dice que Dios ha dado inútilmente miembros a los cuerpos celestes o dice que también los órganos internos cumplen sus funciones en los cuerpos celestes. Es absurdo decir que son como estatuas, con apariencias de seres humanos por fuera pero dentro no se les parecen en nada. Son estas ocurrencias a propósito del «doblar la rodilla» del texto:

«Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos en la tierra y en los

abismos» (Flp. 2, 10). El profeta dice lo mismo: «Ante mí se doblará toda rodilla» (Is.

45, 23).

4. Con respecto al lugar sepamos que ora bien en todas partes la persona que ora bien. Pues «en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre... dice el Señor» (Mal. 1, 11). Y

«quiero que los hombres oren en todo lugar» (1 Tim. 2, 8). Pero todos pueden, si se

me permite la expresión; tener un lugar santo para la oración en el propio hogar, donde puedan recogerse tranquilamente y sin distracción. Inspecciónese bien este recinto para evitar cualquier cosa impropia del lugar decoración o que sea fuera de lo razonable. Si algo hubiere indigno. Dios retiraría su mirada tanto de las personas como del lugar de la oración. Al reflexionar sobre este lugar sugiero una idea que puede parecer dura pero no despreciable para quien lo considere despacio. Se trata del lugar donde se haga vida matrimonial, legítimamente por supuesto, pero permitida según la expresión del apóstol: «por concesión, no por mandato». Cabe preguntarse si este sería lugar santo y puro a los ojos de Dios. Porque si a uno le resulta imposible sacar tiempo para orar como es debido, a no ser que «de común acuerdo» lo dispongan (1

Cor. 7, 5) lo mismo se puede decir del lugar.

5. El lugar de oración, el sitio donde se reúnen los fieles, tiene probablemente gracia especial para ayudarnos, porque los í ángeles acompañan en las asambleas de los fieles. También el poder de nuestro Señor y Salvador, y las benditas almas de los difuntos y aún de los vivos, aunque esto no sea fácil de explicar. Con respecto a los ángeles podemos discurrir de este modo. Si es cierto que «acampa el ángel del Señor en torno a los que le temen y los libra» (Sal. 34, 8); si es cierto lo que refiere Jacob no sólo de sí mismo sino de todos los que confían en Dios cuando dice «el ángel que me ha rescatado de todo mal» (Gn. 48, 16), entonces es probable que cuando mucha gente se reúne sólo para alabar a Jesucristo, el ángel de cada uno está en torno a los que temen al Señor, junto a la persona que le ha sido encomendada. Por consiguiente, cuando se reúnen los santos hay una doble iglesia o asamblea: la de los hombres y la de los ángeles. Refiriéndose a Tobías, dice Rafael que «no hacía más que presentar la oración de Tobías; leía ante la gloria del Señor el memorial» (Tob. 12, 12). Luego dice lo mismo de Sara, la nuera de Tobías por casarse con el hijo de éste. ¿Qué diríamos, pues, cuando en muchas personas en el mismo camino, con el mismo ideal y sentimientos se reúnen formando el cuerpo de Cristo? Refiriéndose al poder del Señor presente en la iglesia, dice Pablo: «En nombre del Señor Jesús, reunidos vosotros y mi espíritu» (1

Cor. 5, 4). Quiere decir que el poder de Jesucristo, el Señor, está con los corintios tanto como con los efesios. Si Pablo, todavía en cuerpo mortal, da por supuesto que está presente en espíritu durante las asambleas de los corintios, no debemos desechar la idea de que también las benditas almas de los difuntos acuden a las asambleas con más diligencia aún que los que tienen cuerpo. Por eso, no se menosprecien las oraciones comunitarias, ya que añaden algo excelente a quienes piadosamente se reúnen.

6. El poder de Jesús, el espíritu de Pablo y de otros parecidos a él, los ángeles del Señor protegen a cada uno de los santos, los acompañan en sus caminos y se reúnen con aquellos que piadosamente se congregan. Por eso hemos de procurar que nadie se haga indigno del ángel santo y despreciando a Dios se entregue al diablo por sus pecados e iniquidades. Tal persona, aun cuando no haya muchos que se le parezcan, no escapará por mucho tiempo a la providencia de los ángeles que cumpliendo la voluntad de Dios velan por el bien de la Iglesia. Ellos darán a conocer públicamente los errores de tal persona.

Pero los ángeles no cuidarán de quienes en gran número se reúnen al modo de

sociedades de negocios para tratar de asuntos materiales. Así lo dice el Señor por Isaías: «Cuando venís a presentaros ante mí.... al extender vuestras palmas me tapo los ojos para no veros. Aunque menudeen vuestras plegarias yo no oigo» (Is. 1, 1215). Quizás correspondiendo al pueblo santo y a los ángeles buenos antes mencionados existan otras agrupaciones de hombres perversos y ángeles malos. De tal consorcio podrían decir los ángeles santos y hombres piadosos: «No voy a sentarme con los falsos, no ando con hipócritas; odio la asamblea de los malhechores y al lado de los impíos no me siento» (Sal. 26, 45).

7. Por eso creo que los habitantes de Jerusalén y los de toda Judea fueron entregados a sus enemigos. Dios los abandonó porque con sus muchos pecados se habían apartado de la ley. Les negaron los ángeles su protección y los hombres buenos su apoyo. Así grupos enteros quedan abandonados y caen en la tentación. «Aún lo que creían tener se les quita» (Lc. 8, 18; Mt. 13, 12; 25, 29; Mr. 4, 25; Lc. 19, 26). Como la higuera que fue «maldecida y arrancada de raíz» por no dar fruto cuando Jesús tenía hambre (Mr. 11, 2021; Mt. 21, 1819), se secaron y perdieron la poca vida de fe que tenían.

Me pareció necesario hablar de estas cosas al tratar del lugar de la oración y

recomendar que se prefiera hacer en las asambleas de los santos congregados con gran reverencia en la iglesia.

**32. Hacia el oriente**

Digamos ahora una palabra con respecto a la dirección en que se ha de mirar al hacer oración. Cuatro son los puntos cardinales: norte, sur, este y oeste. Cualquier persona reconoce sin la menor duda que debemos orar mirando al oriente, expresión simbólica del alma que mira al levante de la luz verdadera. Alguna persona, en cambio, prefiere orar sea cualquiera la dirección a que esté orientada la puerta de la casa, bajo la idea de que en lugar de mirar a la pared se inspira mejor contemplando el cielo, aunque la puerta de la casa no mire al oriente. Se le responde como sigue: por decisión humana los edificios miran indistintamente a una u otra parte, pero por naturaleza es preferible el oriente. Lo que es por naturaleza ha de anteponerse a lo arbitrario. Según esto, si alguien desea orar al aire libre ¿tendrá que mirar al oriente y no al occidente? Claro que sí. Es más razonable dirigirse hacia el oriente, por lo cual se procure hacer así en todas partes. Ya es bastante sobre el tema.

**33. Fines de la oración: adoración, gracias, perdón, peticiones**

1. Creo que debo concluir este tratado de la oración tocando brevemente cuatro puntos de que he hablado en distintos lugares de las Santas Escrituras. Todos deberían tenerlos en cuenta. Son éstos: al comenzar debemos dirigir fervorosa *adoración* al Padre, por Jesucristo, y el Espíritu Santo, glorificados y alabados igualmente con el Padre. Sigue la *acción de gracias* por los beneficios que todo el mundo recibe, y en particular cada cual por los propios. En tercer lugar, creo que uno debe *acusarse* sin compasión ante Dios de los propios pecados pidiendo dos cosas: primera que le libre del hábito de pecar, y segunda que le perdone todos los pecados cometidos. Después de esta confesión, a mi parecer, ha de añadirse la *petición* de grandes y celestes mercedes, para uno mismo en particular y para todo el mundo, empezando por los familiares amigos más queridos. La oración concluirá con una doxología o alabanza a Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo.

2. Como dije antes, he hallado estos puntos diseminados a lo largo de la Biblia. Ante todo, la *adoración* y alabanza se pueden ver en estas palabras del Salmo 104: «¡Alma mía, bendice al Señor! ¡Señor, Dios mío, qué grande eres! Vestido de esplendor y majestad, arropado de luz como de mi manto. Tú despliegas los cielos lo mismo que una tienda, levantas las aguas de tus altas moradas; haciendo de las nubes carro tuyo, sobre las alas del viento te deslizas; tomas por mensajeros a los vientos, a las llamas del fuego por ministros. Sobre sus bases asentaste la tierra, inconmovible para siempre jamás. Del océano, cual vestido, la cubriste; sobre los montes persistían las aguas; al increparlas tú emprenden la huida, de tu trueno a la voz se precipitan» (Sal. 104, 17). Casi todo este salmo es una alabanza a Dios Padre. Cada cual puede por sí mismo seleccionar más ejemplos y comprobar con cuanta frecuencia recurre el tema de la alabanza por todas las Escrituras.

3. Como ejemplo de *acción de gracias* cito lo que se refiere en el libro segundo de Samuel sobre David. Cuando el profeta Natán le dio a conocer las promesas del Señor, lleno de admiración por tantos dones, exclamó David en *acción de gracias*: «¿Quién soy yo, Señor Dios mío, y qué es mi casa para que tanto me ames? Yo era insignificante a tus ojos. Señor, y tú anuncias a la casa de tu siervo grandes cosas para el futuro...

¿Qué más puede decirte David, pues conoces a tu siervo? Por amor a mí has realizado

tan grandes cosas. Eres grande. Señor, nadie como tú, no hay nadie fuera de ti. Según tu corazón has realizado todas estas grandezas dándolas a conocer a tu siervo para que pueda glorificarte. Señor Dios mío» (2 Sam. 7, 1822, vers. LXX).

4. Ejemplo de *confesión* son estos textos: «De todas mis rebeldías líbrame» (Sal. 39, 9).

«Que mis culpas sobrepasan mi cabeza como un peso harto grave para mí; mis llagas son hedor y putridez debido a mi locura; encorvado, abatido totalmente, sombrío ando todo el día» (Sal. 38, 56).

5. Un ejemplo de *petición* es el siguiente: «No me arrebates con los impíos, ni con los agentes del mal» (Sal. 28, 3).

6. Y habiendo comenzado la oración con himnos de alabanza se termine también glorificando al Padre del universo por Jesucristo en el Espíritu Santo, a quien sea dada la gloria por siempre (Rom. 16, 27; Heb. 13, 21; Gal. 1, 5; 2 Tim. 4, 18).

**34. Palabra final**

Ya veis, hermanos Ambrosio y Taciana, tan sinceramente deseosos de cultivaros en la piedad, las conclusiones hasta donde mis alcances pueden llegar al tratar de oración que tanto me preocupa, concretamente la oración del Evangelio según el texto de Mateo. Si os esforzáis por avanzar, «olvidando lo que dejáis atrás y lanzándoos a lo que está por delante»; si rezáis por mí y mis estudios, guardo la esperanza de que Dios me

conceda poder añadir otro tratado sobre estos puntos, más extenso y con mayor profundidad y claridad. Por ahora, sin embargo, lee esto y perdona.